

UN JAPONÉS Y UN BASCONGADO

Raku y Eltzekondo.



(Para EUSKAL-ERRIA).

ENEMIGO acérrimo de la inhumanidad clásica, que llama bárbaros y perros á quienes no hablan ó piensan como ella, no obstante la brecha abierta en la muralla de esta inhumanidad por la parábola del buen samaritano y por el don de lenguas de los apóstoles; enemigo acérrimo también de prescindir innecesariamente de ciertos matices delicados del sentimiento de raza; ajeno en absoluto y por fuerza á la práctica de las luchas físicas, pero sin prejuicios de gallo de plumas no arqueadas, asistí el verano pasado á presenciar dos de las jornadas de Raku y Eltzekondo con curiosidad de ignorante, con atención de des-preocupado y con ansiedad de basco.

El contraste que á primera vista presentaban ambos luchadores, fué para mí bastante distinto del que la literatura neolatina pareció ver en ellos; de estatura muy aproximada á la más frecuente en muchas regiones de España, enjuto, pero no raquíptico, bien proporcionado, musculoso y con la musculatura bien dibujada á través de su piel magra y lampiña, con la cabeza algo echada para atrás en actitud de maestro y actor al mismo tiempo, con los rasgos fisonómicos de su raza bien marcados, pero sin ninguna segunda intención, de las que buscan los pacotilleros cursis en supuestas antipatías étnicas, el uno; craso hasta la obesidad y de estatura casi un palmo mayor que el anterior, velludo, con la cabeza recogida en actitud de quien siempre encuentra algo que aprender, con rasgos de bondad sin obcecación ni vanidad, con mirada de niño é insensible a las adulaciones, el otro;

comienzan y continúan su juego sin apresuramientos, espatarrándose el uno á manera de ave zancuda, balanceándose suavemente el otro á manera de oso alegre y, á pesar de no ser yo luchador, ni poder serlo, todos mis músculos estaban tensos mientras Eltzekondo forcejeaba para derribar ó no ser derribado, mis nervios saltaban como cuerdas de guitarra dentro de mi aparente impasibilidad cada vez que el oso guipuzcoano daba muestras de una agilidad verdaderamente extraordinaria y cada minuto que pasaba crecía el ansia y la remota esperanza en el triunfo del paisano.

Las aparentes derrotas que la serpiente japonesa infligió al oso basco no me convencieron; y digo aparentes, no porque nuestro atleta fuera capaz de fingimiento, nunca he creído tal cosa, sino porque las condiciones de la pelea no eran á propósito para aquel convencimiento; no obstante, en saliendo del circo, dos caballeros franceses comentaban con aire de suficiencia la ignorancia de Eltzekondo ¡ah si Raku tuviese que habérselas con alguno de sus *lutteurs*!

Efectivamente; no habían pasado cuatro meses cuando los periódicos de París daban cuenta de la lucha de un profesional del *dsiu-dsitsu*, el campeón del mundo á lo que parece, Tano Matsuda, contra otro del *trompis* ó *boxeo*, contra el terrible negro Sam Mac Vea, quien, dicho sea de paso, no es francés; pero ¿creéis que luchó en las condiciones de Eltzekondo? ¡cá! *mutur-joka* y aun se había presumido obligar al japonés á que consintiese en que el negro no se pusiera la chaqueta. Sam Mac Vea fué más noble que sus patrocinadores y momentos antes de empezar aceptó esta imposición del japonés, pues sin tal prenda no hay *dsiu-dsitsu* posible según parece, sino que sería la lucha libre ó *cach-as-cach-cau*; en cambio el japonés renunciaba á dos recursos supremos (y se comprende en una lucha de espectáculo), el golpe de tenedor con dosdedos á los ojos y el agarrarse á lo que no hede nombrar; supongo que también á la fractura de huesos. El japonés tenía además la desventaja de la excesiva diferencia de peso y de la exigüidad del ruedo y no tardó ocho segundos en caer por tierra, al decir de un periódico, justamente el tiempo necesario para ponerse en contacto los dos luchadores, según otro colega; después de lo cual todavía el negro dió un puñetazo en la cabeza á su víctima, puñetazo que según parece apreciaron casi todos como brutal é inútil. No han pasado cuatro meses de este último encuentro y los mismos periódicos franceses, á propósito del campeonato entre dos negros yankis,

Sam Mac Vea y Joe Jeanette, nos explican que los profesionales del boxeo recurren á uno de los tres golpes, carótida, barbilla ó hueco del estómago, para dejar á su contrario fuera de combate, sin daño definitivo dicen, sin dolor, más bien con pérdida de sensibilidad y conocimiento; nos hablan también de un brebaje negruzco que el botillero da al luchador y que á éste le rociaron con agua cuando estaba tendido en el suelo, manifestando por último que verían con placer un nuevo encuentro, pero que sería menester llegar hasta el «finish», pues en caso contrario todos considerarán aquél un poco desprovisto de interés; en la página del mismo periódico que hace cara á lo anterior, nos hablan del martirio de los caballos en las calles de París, de los látigos demasiado grandes, de los latigazos al cuello, de la exposición al sol, de la fatiga de animales tan sufridos, ansiosos y resignados, que ayudan al cochero á ganarse la vida, de la furia y grosería de éstos respecto de los extranjeros que se indignan con aquellos malos tratos, extranjeros habituados por otra parte á considerar todo lo que viene de Francia como de un gusto exquisito y de una perfecta elegancia, sin duda porque las mayores brutalidades van precedidas ó significadas con un *pardon* ó un *s'il vous plait*, más atropelladores ó más imperativos que el muchacho más atolondrado y el soldadote más engreído.

Comparado todo ello es como se comprende mejor que el basco por sí mismo siempre es «coitao», siempre peca por exceso de buena fe, carece de rencor y de vanidad, de resentimientos, de reservas y de excusas y distingos inspirados por el amor propio vencido, por lo menos con los extraños; pero en contraste con los bascos que dan la mano á su vencedor y se retratan del brazo de él con verdadera cara de bienaventurados, fueron de leer los comentarios de literatura castellana que por aquellos días se publicaron en San Sebastián y luego desde Zaragoza: astucias, tretas, añagazas, felino y hasta no sé si la palabra felonía lei entonces, así como ciertas consideraciones acerca del carácter de los orientales, enfrente de todo lo cual se hacía resaltar como privativa la franqueza aragonesa en la lucha, la nobleza, la lealtad ¡el hábito de servidumbre! bascongada, terminando con ciertas consideraciones acerca del carácter de las naciones occidentales.

Pero ¡Dios Santo! ¿áqué inyectar con la pluma á quien se limita á demostrar un arte de defensa mucho más noble que ciertas peleas que se nos entran por las puertas de casa y no han tenido nada que aprender del Extremo Oriente? ¿Á qué representarnos con prejuicios,

que no son nuestros, sino puramente prestados, una antítesis de dos civilizaciones, una contraposición de educaciones, de caracteres, de procedimientos, y ver todo ello encarnado en el japonés y el basco, en Raku y en Eltzekondo? Si se pretende que la levadura arábiga explica muchos hechos de la historia peninsular y la «fides púnica» ó fenicia otros, dando pretexto á que en la glándula pineal de Europa se califiquen de orientales muchas cosas de los españoles que no lo son ¿diremos también lo mismo de la daga Florentina, el veneno de los Borgias, la pérvida Albión y la trapacería de Napoleón? y Eltzekondo será representante de ¿qué occidentales?

Muchísimo se ha dicho y se ha escrito acerca del carácter de los japoneses desde el martirio de San Martín de Aguirre, hasta la última guerra con los rusos y no menos se ha amontonado sobre aquéllos bajo el calificativo de orientales, reuniéndolos en una misma apreciación con todos los demás asiáticos, pero contra estas opiniones, compradas hechas, á fe que es hora de reaccionar, que ni el martirio de nuestro santo paisano fué de otra índole que los de los primeros siglos en el Imperio Romano: ni en la última guerra escasearon los actos de valor y arrojo, con nobleza perfectamente caracterizada, por parte de los orientales, ni el proceder anterior de Europa obligando al Japón á la renuncia de lo que más tarde había de apropiarse la muy relativamente occidental Rusia merece aquel calificativo, ni los ejemplos que dieron los conquistadores de las islas de las especias y de que fueron víctima algunos intrépidos españoles tenían para éstos nada de oriental, pero sí de pérvido, ni la razón de Estado, el derecho de conquista y las mutaciones políticas han prescindido entre los europeos del engaño y las males artes, ni una generalización tan grande del concepto de oriental sirve para gran cosa. Muchos serán los que no rindiéndose á la evidencia de los hechos no quieran dar su brazo á torcer y arguyan en muchos extremos con el prurito de imitación, ostentación, diplomacia, vanidad y otros apelativos que desconceptúen por ejemplo la intención honda de un hecho reciente; pero sin creer que se deba presentar como reproche á otras naciones, es elocuentísimo como muestra de verdadera humanidad el que á los doce días de la catástrofe italiana se cuente el Japón entre los quince Estados que han hecho llegar sus socorros en metálico por cantidades de cientos de miles de francos, el único entre los quince que no es de raza blanca. Europeos son en cambio quienes han tenido la *espiritual* idea de hacer

que un mono personifique á un expresidente de república americana, tratado con verdadera ruindad por aquellos á quienes tuvo en jaque con bastante más entereza que el exultán de Turquía, á quien hoy aquí se le disculpa.

Ciertos contrastes á grandes rasgos, entre el espíritu oriental y el occidental hacen el mismo efecto que ciertos hechos físicos de explicación sencillísima y que, sin embargo, han tenido su dificultad histórica, quizás tan grande como la del calendario ruso. Si damos la vuelta al mundo en el mismo sentido que nuestro paisano Elcano, al volver á Europa nos encontraremos con que en ella están un día más adelantados que nosotros, habremos vivido un día menos que los europeos que no han salido de Europa, porque nos hemos movido en el mismo sentido que el curso de los días y las noches y á pesar de que nuestro reloj ande bien, será como si adelantase, es decir, nuestros días y nuestras noches se alargarán ó retardarán; en cambio, si damos la vuelta como se suele dar modernamente, yendo por el canal de Suez á Filipinas y volviendo por América, al llegar á Europa nos encontraremos nosotros en el día siguiente del en que estén en ella, habremos vivido un día más, porque hemos ido siempre al encuentro de los lugares en que ya era más tarde. Si vamos á Filipinas ó al Japón por América, viviremos allí catorce horas y cuarenta minutos más temprano ó en la víspera del día europeo; si vamos por el canal de Suez viviremos, allí mismo, nueve horas y veinte minutos más tarde ó en el siguiente al día europeo, con diferencia de veinticuatro horas de un caso al otro; según por donde vayamos vivimos en un día ó vivimos en otro y los que no se han movido de allí saben que el sol no está conforme con nosotros en un caso ni en otro; los europeos discutiremos cuál de los dos casos es el verdadero y tendremos que acabar por resolverlo convencionalmente y por decreto, mientras que los tagalos y japoneses arreglarán sus menesteres diarios conforme á lo que les dice el sol.

Tan convencional, pero no resoluble por decreto, es el llamar orientales como característica psicológica á los japoneses y occidentales á los bascos; y esto me recuerda el sentido en que un director de ministerio francés, al inaugurar una instalación de objetos antiguos del Perú, cargaba la responsabilidad de la destrucción de aquellas civilizaciones á... ¿creéis que á los españoles? no, á los occidentales. Debido á que los franceses acostumbran á agrupar bajo la rúbrica de oriental

todo loqueles hace impresión de muy exótico, así sea Fuenterrabía, por donde resulta que también los americanos serían orientales, sin perjuicio de mantener el meridiano de longitudes en París. Y tanto nos dejamos llevar de sus espejismos, que en nuestras vanidades pedagógicas nos olvidamos de nuestro propio abolengo, que no debe nada á nadie, se nos cae la baba ante los lacayos de los aristócratas de última hora de Madrid y llegamos á creerlos descendientes de caballeros de las Cruzadas, cuando tan sabido es que la aristocracia castellana más linajuda nada ha tenido que ver con las Cruzadas y en Madrid pululan los apellidos bascos, precedidos de castellanos tanto más abreviados, cuanto más suben sus poseedores en la escala social.

Se ha salido al encuentro de los panegiristas de la nobleza vasca con críticas atrabiliarias y adustas respecto de los orígenes de los escudos heráldicos, separándolos con razón de las antiguas enseñas militares pero afirmando sin ella que nacieron, como Minerva de la cabeza de Júpiter, en tal ó cual reinado y de arriba abajo; según tal fundamento psicológico de la nobleza, ésta tendría su origen en algún rey bárbaro, pero en el país en que más abundan los pequeños Estados confederados y por consiguiente más material vivo hay para la heráldica se empieza a buscar el origen de la heráldica en algo, mucho más remoto y más espontáneo, en las marcas de propiedad, de la casa, del ganado, del utensilio, del arma, etc., etc. No hay, pues, base para pretender la exclusiva en la nobleza y en la heráldica para los señores feudales de las invasiones germánicas y en los correspondientes del Japón.

El *Echekojaun* basco no tiene por qué avergonzarse ante el deslenguado peregrino medioeval del Poitou, ni hoy ante el veraneante de aquí ó de allá; pero tampoco hay por qué hacerle á aquél ver en el japonés otra cosa que lo que es. Siendo cierto que la estatura de los japoneses es casi la de los madrileños, siendo también cierto que los campeones del dsiu-dsitsu no tienen realmente aspecto raquíptico y sí musculatura bien desarrollada, evidenciado en París que el arte del dsiu-dsitsu no es omnipotente cuando se le dan ciertas ventajas al contrario, ¿á qué zaherir con ciertas reticencias verdaderamente tontas al japonés? ¿Y quién es el luchador de ningún país, aunque sea baturro, que se entrega todo entero á la confianza en su fuerza? Para algo tiene el hombre la cabeza encima de los hombros y no hay sino recordar el juego de pelota con su habilidad libre, juego perfectamente occidental

dentro de los convencionalismos al uso, ¿no se manifiesta también en sus habilidades el alma del basco?

No es el Japón lo que puede saltar á la imaginación ó á la memoria del basco cuando de astucias, tretas, añagazas y felonías se trata; ni tampoco todas le han venido del próximo oriente, sino también de otros puntos cardinales y han germinado en su interior. Siendo, como es, el basco esencialmente europeo, no tiene, sin embargo, por qué consentir en asumir la representación occidental en lo que ésta tenga de antitético respecto de otras. Bueno es también ser noble, pero no nos dejemos adormecer por este halago, no seamos *Kaiku*, no aceptemos como nuestras las ideas que acerca de la hidalguía y la nobleza han nacido y se han bastardeado y encanallado en otra parte, seamos siempre nosotros y ¡gora gu!

TELESFORO DE ARANZADI.

Paris, Abril 1909.

